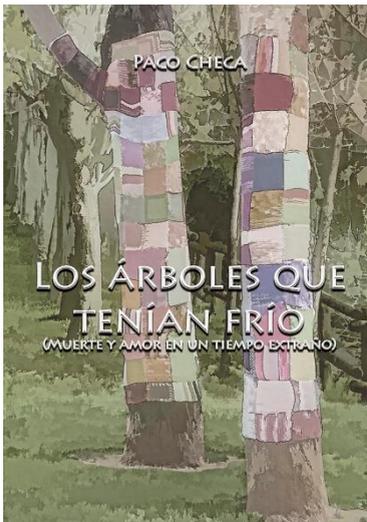


Paco Checa, *Los árboles que tenían frío. Muerte y amor en un tiempo extraño*, Balmaseda (Vizkaia), Editorial Harresi, 2021, 98 págs.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).
DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.14.2023.963-966>.



Francisco Checa y Olmos (Lanteira, Granada, 1960) es catedrático de Antropología Social en la Universidad de Almería, institución en la que ejerce como docente desde 1993 después de haber sido profesor en varios institutos andaluces. Como antropólogo es especialista en el fenómeno migratorio y los discursos políticos en España, siendo director del Centro de Migraciones y las Relaciones Interculturales (CEMyRI) desde su creación en 2009 hasta 2015 y organizado quince ediciones del Congreso de Inmigración (1997-2014), investigando también sobre cultura tradicional, patrimonio, fiesta y tradición oral.

En su quehacer profesional este profesor, formado en filosofía, reflexiona y explica nuestro ser étnico y la realidad social proporcionando un servicio académico y social práctico.

Desde hace unos años frecuente la poesía, creación ajena a lo utilitario y, sin embargo, tan útil en tanto en cuanto que intensifica la conciencia, la grupal y la individual, y es una vía de conocimiento. *Rincones deshabitados* (Tágilis Ediciones, 2007) es la memoria de las personas de su pasado que generan emociones y de los sentimientos en el presente; *Estación azul* (EdUal, 2008) desvela un pasado cotidiano y sus afectos que se presenta como cierto frente a un futuro incierto, mientras que los sueños campan libres en todos los tiempos; *Los hombres lloramos en círculo* (Icaria, 2009), acompañado de ilustraciones de diecisiete artistas, es una elegía por la muerte de su hermano que mitiga la propia angustia y pauta como mirar a la muerte con esperanza; *El mar que no piso* (Círculo Rojo, 2016) forja líricamente y éticamente su relación de hombre de interior con el mar, el que siendo un niño lo vio por

primera vez y el que percibe como adulto, como remanso de paz y de goce o como espacio del holocausto humano y ecológico.

Ahora presentamos su quinto poemario escrito, como nos dice sin ningún dramatismo en su prefacio, “encerrado, por guion del destino” (13) en 2020, consciente de que esta no es la primera pandemia de la historia ni será la última. Lo firma no como Francisco Checa y Olmos, nombre que utiliza en el ámbito laboral y académico, sino como Paco Checa, que es el que usa en la cercanía y como autor de creación que absorbe ávido la misma vida. En él intensifica lo cotidiano y trasciende el realismo que nos trajo la última pandemia que todavía palpamos. No escribe *Los árboles que tenían frío...* con sosiego dejando un tiempo prudencial para la distancia de la covid-19, sino que deja un testimonio próximo, todavía caliente y en el que trabajan compenetrados la cabeza y el corazón, el animal político y el Hombre que busca la belleza y lo misterioso en medio de lo fatal y repulsivo.

El libro se abre con el «Prólogo» que escribe la psicóloga, docente y amiga del poeta, Humbelina Robles Ortega, que nos ofrece un semblante del compañero y amigo. Destaca su solidaridad, conciencia social y espíritu crítico. Algunas de las claves que el lector encontrará cómo la “decepción profunda” (13) y el “caos emocional” (15) y que son el acicate para retomar el oficio del verso las explica el propio poeta en el “Prefacio”. Este se plantea como un manifiesto encaminado a conciliar la dura realidad con el ideal universal del amor en todas sus caras, pues el Hombre como ser gregario siempre va a necesitar del otro. Cierra el libro con una “Relación cronológica de la escritura de los versos”, que, más allá del registro de su tarea, sirve al lector para rememorar las fases del “tiempo extraño” en treinta y cinco poemas. Esta cronología no es aséptica pues nos ayuda a relacionar la poesía con el tiempo histórico en el que nace, lo que permanece con lo que cambia, lo ideal y lo real y, en definitiva, a imbricar el hecho poético con la vida.

Paco Checa utiliza el verso paralelístico libre en composiciones de distinta extensión, aunque con predominio de las largas en versículo mayor. El verso libre ayuda a mantener en este caso un tono narrativo, coloquial e inconformista que trasciende lo cotidiano. Mantiene el ritmo con algunas rimas, pero sobre todo con paralelismos sintácticos y semánticos mediante la anáfora, la repetición y los paralelismos.

Los poemas se dividen en cinco partes que están tituladas y que se abren con unas citas heterogéneas, pero muy ilustrativas de lo que quiere expresar y transmitir al lector. Este no es visto como el poeta por un incauto al que debe prevenir, sino por un compañero que comprende la rabia y el deseo de conciliar lo real con lo ideal. Las voces de las citas pertenecen compañeros,

extraordinarios o pésimos, que pertenecen al universo social y cultural del hombre moderno. Algunos poemas también se abren con citas o dedicatorias que exponen la sensibilidad y enojo del poeta ante la injusticia, el deseo de controlar las pulsiones negativas en favor de la empatía y el reconocimiento del otro. En ellas se percibe sin ambages su forma de estar en el mundo y una maduración acelerada pero ética de la dura realidad sobrevenida.

En la primera parte, “Ese extraño enemigo invisible”, retrata a un hombre que no se conforma solo con vivir en sociedad, sino que la genera pudiendo actuar a favor o en contra de la naturaleza. Como el hombre hace un uso de la cultura mal adaptante al medio, la naturaleza campa a sus anchas cuando este vive con miedo por estar acechado por el virus, “bichito en una gota de saliva que pone en jaque a un imperio” (20). El tono de los poemas de esta parte es muy pesimista y en un ambiente de muerte imprevisible, deshumanizada y reducida a números: “Nunca fue tan fría, distante, / nunca tan cobarde: / la muerte tiene nombres de número” (24).

El abandono no se expresa en un tono vallejiano, puesto que el Dios de 2020 ni siquiera está enfermo o grave (moribundo), sino que lo abandona burlonamente para que goce de sus “riquezas” (21) que se tornan escombros y se deben cambiar por vulgaridades como el látex y las mascarillas: “Que un gesto miserable / siempre será una mueca lapidaria, / eternamente / (como si alguien pudiera ser eterno, / salvo Dios. / Ese que un día, / inesperadamente, / se nos fue de vacaciones)” (27).

La segunda parte, “La entropía inesperada”, desde el mismo enunciado nos previene del motivo principal, el desorden del sistema por los yerros del hombre. Los más infames para el poeta son el abandono de los ancianos y la aniquilación del diferente. No obstante, la cierra un poema sobre la esperanza en el que da la receta para compensar el desorden del mundo.

“Los árboles que tenían frío” es el nombre de la tercera parte que metonímicamente sirve para todo el libro. Esta es un panóptico de la vida cotidiana en la que todo se hace en el “tiempo extraño” a deshoras —bailar, comer chocolate, utilizar el móvil, trabajar, etc.— y se ama a distancia, pero se abandona a los más vulnerables. El poeta se rebela contra la osadía hueca de los discursos grandilocuentes acerca de la mejora de la sociedad después del virus, pues desea ser un hombre corriente, libre para vivir y amar: “No quiero ser un héroe / sino el gañán de todas mis miserias. / ¿No ves?, / ya he besado la muerte. / Libre soy” (52).

También sospecha de la anunciada y anhelada “normalidad” cuando el hombre de Vitruvio ve quebrada su perfección y solo espera una catarsis: “Se nos durmió en la cruz, / cosido a un pentáculo de hiel, / en la doblez que marca

lo acedo de la noche, / alrededor de la tierra. Así, por siglos” (50). Como en las partes anteriores, a pesar de toda la agonía, el optimismo se cuele para el hombre de la *polis*, por ejemplo, en el poema “Otras miradas”, y emocionalmente, en poemas como «Si te dijera amor mío que llega la madrugada...», paráfrasis y homenaje al poeta Luis Eduardo Aute muerto durante el mes «más cruel» de 2020.

“Amor confitado” es el lema de la cuarta parte y comienza con un poema humorístico, “Amor en desescalada”, que narra los avatares de dos amantes para gozarse en la distancia impuesta en las distintas fases de la pandemia. El poeta se reafirma en la capacidad humana para reírse de todo lo que no le es ajeno pues la ironía, el sarcasmo y o cómico no merman la verdad, sino que la refuerzan. Anteriormente, con Diego Alonso Cánovas ha editado una antología de poesía humorística actual, *Con humor propio* (Ediciones Dokusou, 2019), refrendando que lo serio no es enemigo de lo hilarante. El resto de poemas de esta parte son un canto a la complicidad y al erotismo con mil caras, el espejo es una imagen recurrente, y la inocencia con la que nacemos, el bebé es un motivo presente en varios poemas.

El signo de la quinta parte, “Examen”, es la más breve y epílogo y tesis en dos poemas finales. En el primero, formula “Las preguntas del miedo” con la certeza de que para unos los gestores del miedo han ganado pues la muerte siempre ha sido un gran negocio, aunque: “Otros han dicho basta: el miedo dejó de alimentarlos / porque antes, como siglos, bebieron la muerte” (91).

En el segundo, el poeta se lamenta de la asunción pasiva y timorata de la falta de libertad, letanía pesimista ya expresada en el “Prefacio” al contemplar una sociedad dócil por el miedo.

Como en otros poetas, León Felipe es un excelente ejemplo, la conciencia del dolor es lo único que salva al hombre. *Los árboles que tenían frío...* es un ejercicio de crítica profética ante un sistema desquiciado que anestesia y explota al hombre en el tiempo ordinario, pero lo abandona en «un tiempo extraño». El pesimismo final es burlado, sin embargo, en el resto del libro en el que Paco Checa busca la luz como en poeta de Tábara.

M.^a PILAR PANERO GARCÍA
Universidad de Valladolid (España)
mariapilar.panero@uva.es